



TRES FALSOS MUROS

El gran escritor inglés Chesterton reconoce en la opinión pública tres grandes convicciones anticristianas:

- 1.ª) Que el ser humano es un mero animal evolucionado.
- 2.ª) Que la religión primitiva nació del terror y de la ignorancia.
- 3.ª) Que el cristianismo ha abrumado de amarguras y nieblas a las sociedades.

Respecto al primer argumento, Chesterton reconoce como evidente que el hombre se parece a los animales. En cambio, lo que resulta enigmático e inexplicable es el abismo que los separa, de suerte que «donde acaba la biología comienza la religión».

En cuanto al segundo argumento, todas las grandes culturas conservan la tradición de un antiguo pecado seguido de un castigo. "¿Cómo no va a ser cierta esa calamidad prehistórica que todos los pueblos antiguos recuerdan?"

Del tercer argumento, dice:

«Cuando los racionalistas afirman que el mundo antiguo era más ilustrado que el mundo cristiano, no les falta razón desde su punto de vista, pues por ilustrado entienden: enfermo de desesperaciones incurables. La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, se convierte en el gigantesco secreto del cristiano. Y, al cerrar este volumen caótico, abro de nuevo el libro breve y asombroso de donde ha brotado todo el cristianismo, y la convicción me deslumbra. La tremenda imagen que alienta en las frases del Evangelio se alza -en esto y en todo- más allá de todos los sabios tenidos por mayores».

Una variante es hacer del cristianismo un fruto de épocas oscuras. Chesterton dirá que fue, por el contrario, «el único camino de luz en las edades oscuras, como un puente luminoso tendido sobre ellas entre dos épocas luminosas».

¿Qué caminos más tortuosos! ¡Pobre alma mía insensata, que esperó conseguir lejos de Dios algo mejor! Daba vueltas, se ponía de espaldas, de lado, boca abajo..., y todo lo encontraba duro e incómodo, porque sólo Dios era su descanso.

HILDEGARDA DE BINGEN

Hildegarda fue monja, abadesa, música y artista. Luego comenzó a ser conocida como escritora, porque dictó sus pensamientos a otros que los escribieron por ella.

Hildegarda exploró en muchos temas: historia, medicina, plantas, animales, reptiles, dolores de cabeza, locura y hasta problemas circulatorios. Sus escritos sobre temas religiosos incluyeron comentarios sobre la Biblia y los santos, además de himnos, poemas y hasta una obra de teatro moral. Además escribió muchas cartas y recibió otras tantas de Papas, reyes, arzobispos, profesores, abades, monjes y monjas.

Hildegarda conmovió a muchos con sus obras literarias y hoy en día sus obras son un verdadero descubrimiento para muchos modernos que aún creen en el mito del medioevo como una época oscura.

DÍA TRAS DÍA

WILLIAM OSLER era un joven estudiante de Medicina en el Hospital General de Montreal cuando leyó una frase que le causó impacto y moldeó su pensamiento y su conducta durante el medio siglo de su ilustre carrera: «*Nuestra atención no debe fijarse en lo que está lejos y borroso en la distancia, sino en lo que claramente tenemos a mano*». Cuando sir William contó esta anécdota ante un grupo de estudiantes de la Universidad de Yale, unos cuarenta años después, añadió que el secreto de su éxito no residía en su capacidad intelectual, sino en su hábito de vivir el día a día como un «compartimento estanco».

LA PRUEBA DE LA FORTALEZA

Un jefe indio quiso conocer la fortaleza de cuatro de sus jóvenes guerreros y, con este propósito, les mandó que corriesen sin detenerse ni un instante para subir hasta donde pudieran por la ladera de una montaña, y que regresaran con alguna cosa recogida en la altura que habían alcanzado.

El primero volvió con una rama de abeto, la cual indicaba la altitud hasta donde había llegado corriendo sin parar. El segundo trajo una ramita de pino y el tercero una muestra de arbusto de alta montaña. El cuarto volvió ya bien entrada la noche, dando muestras de fatiga y con los pies cortados por el filo de las piedras del camino.

-¿Qué me has traído como prueba de la altura hasta la que has subido? -le preguntó el jefe.

Jefe -replicó el joven guerrero-, donde he llegado yo no había ni abetos, ni pinos ni arbustos. No crecía ningún árbol bajo el que guarecerse del sol, ni siquiera encontré una flor que me alegrara la vista; sólo había rocas. Mis pies empezaron a sangrar y me sentía exhausto, pero -concluyó el joven con un brillo de emoción en sus ojos- vi el mar.

Había ido más allá. No hay nada como un gran ideal para llegar más allá de los que parece imposible.

¿QUÉ ES SER ADULTO?

Existe una definición de adulto que tratan de inculcarnos ciertos medios de comunicación directa o indirectamente: un adulto -desde el punto de vista ético- es un ser capaz de aguantar impávido -y sin interrumpir la más escalofriantes imágenes televisivas sean de violencia, chismorreo escandaloso o sexo. Es decir, un fósil que no se escandaliza de nada, liberado ya de su conciencia y acostumbrado al hedor de la basura.

Sin embargo, ser adulto es reaccionar normalmente ante estímulos normales: rebelarse ante la injusticia, sufrir con el dolor ajeno, indignarse ante la mentira y la calumnia. Es ser capaz de sentir repugnancia ante lo repugnante, y no avergonzarse de la ternura ni de la pasión. Ser adulto es también saberse vulnerable ante las tentaciones que hacen daño a los seres normales, y no necesitar dosis suplementarias. Es, por último, tener la valentía de huir ante esas tentaciones, precisamente porque nos afectan. Y estar contentos de que, con los años, la piel del alma conserve la sensibilidad. Por eso, a quien diga -«yo no me escandalizo de nada»- respóndele que lo lamentas y que vaya al médico por si la cosa tuviese arreglo.

E.M.

CALUMNIA, QUE ALGO QUEDA

Dice un personaje de una obra de Beaumarchais: «¿La calumnia, señor? No sabéis lo que desdeñáis. He visto a las gentes más honradas abrumadas por ella. Podéis creer que la más torpe malignidad, el más sencillo error, el cuento más absurdo se puede hacer creer a los ociosos de una gran ciudad urdiendo con una calumnia: y entre nosotros tenemos gentes que tienen verdaderamente una gran destreza para hacerlo... Primero es un rumor ligero, a ras de suelo como una golondrina antes de la tempestad, luego se desliza corriendo como algo emponzoñado.

Tal boca lo recoge y os lo susurra hábilmente al oído. Ya el mal está hecho, ya germina, ya se desliza, ya marcha y de boca en boca va de unos a otros: luego, súbitamente, sin saber cómo, veis que la calumnia se endereza, silba, se hincha, crece a simple vista, entonces se lanza, extiende su vuelo, vuelve a rastras, estalla y se convierte en un grito general, en un crescendo público, es un coro universal. ¿Quién resistiría la calumnia?»

Poco mejor se puede definir lo que es y sus efectos.

Mala como la serpiente del paraíso es la calumnia... ¿No fueron nuestros Primeros Padres víctimas de una gran calumnia de diablo contra Dios? La tentación se repite en cada uno de nosotros. Por eso hemos de huir de este enemigo de la esencia del cristianismo, la calumnia, y de toda la cohorte que le acompaña: la crítica, la murmuración, la mentira, la delación, el chivatazo.



EL BIG BANG

Georges-Henri Lemaitre fue profesor de Física, astrónomo, sacerdote católico y prelado honorario. Nació en Charleroi (Bélgica), en 1894, y murió en Lovaina, en 1966. Estudió ingeniería civil, física y matemáticas. Obtuvo su doctorado en 1920. Se ordenó sacerdote en 1923.

En 1927 presentó su idea de un universo en expansión. Desde 1920 conocía y llegó a dominar la teoría de la relatividad de Einstein. Dedujo que, si esta teoría era cierta, el universo tenía que estar expandiéndose. De entrada, tropezó con el escepticismo de muchos científicos, incluido el propio Einstein que, aunque aprobaba las matemáticas de la teoría, rechazaba la idea de un universo en expansión.

En 1930, Lemaitre publicó un artículo en la revista *Monthly Notices* de la Royal Astronomical Society en el que proponía la idea de que, a partir de una singularidad inicial, de una especie de «átomo primitivo» o «huevo cósmico», se habría producido, en el momento de la Creación, una explosión de la que se originó el universo. Con intención crítica e irónica, el astrónomo Fred Hoyle llamó a esta explosión el Big Bang, denominación que hizo fortuna y quedó asignada en adelante a esta teoría. Eddington, antiguo maestro de Lemaitre, encontró la idea poco satisfactoria y a Einstein le pareció sospechosa por ser ampliamente reminiscente del dogma cristiano de la Creación y tener, a su juicio, poca justificación científica.

En 1933, en un viaje a California que hicieron juntos Einstein y Lemaitre, éste detalló su teoría en una conferencia, y Einstein aplaudió de pie, exclamando: «esta es la explicación más bella y satisfactoria de la Creación que he oído nunca». Con ello, el Big Bang recibió un importante espaldarazo en los ambientes de la Física más avanzados, aunque durante los años siguientes continuaron los debates entre los partidarios del Big Bang y los de la teoría del estado estable, de un universo eterno e increado, hasta que en 1929, Edwin Hubble, que desconocía las ideas de Lemaitre, descubrió en el Observatorio de Mount Wilson, en California, que las galaxias se estaban alejando a grandes velocidades.

Lemaitre continuó desarrollando su idea, que publicó con mayor detalle en la revista *Annals of the Scientific Society of Brussels* y llegó a sugerir que debería persistir en el universo alguna forma de radiación de fondo que sería como el residuo de la explosión inicial del átomo primitivo, hace miles de millones de años. Poco antes de su muerte, en Lovaina, en 1966, Lemaitre llegó a conocer el descubrimiento de la radiación cósmica de fondo que valió el premio Nobel a Amo Penzias y Robert Wilson.